



LAÚSFERA

Brian Durán-Fuentes

LAÚSFERA



Primera edición: febrero de 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Brian Durán-Fuentes

© Ilustración de portada: Mercedes Marín

ISBN: 979-13-87612-38-2

ISBN digital: 979-13-87612-39-9

Depósito legal: M-2464-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para Genoveva,
Clotilde y Aída*

en soledad

canto

magma

ebullición

formas
en agua
roja

flores



SAURIOS DEL RECUERDO

TROOCULUS FORMOSUS

Las huellas al fondo del valle rojo
delatan a seres de otros tiempos,
delatan que donde hoy hay silencio
y solo nubarrones vociferan
sonaba la furia acelerada.
Reinaban las sombras en los manglares,
claroscuros de cetrino y de ocre,
danza diaria entre vida y muerte.
Los oftataquisaurios no dormían.
La pausa de su marcha meritaba
solamente comer o copular.
Las raíces de ceibas matriarcales
sobresalían de entre los meandros.
Servían cual mohosos pasadizos
de aquel laberinto de monsteras.
Crepitaban libélulas gigantes,
sus alas eran una con la niebla.
Agua abajo roncaban los lagartos,
dientes sin ojos, hambre sin el tiempo.
Los oftataquisaurios que caían
a veces soñaban con las estrellas
besando la penumbra del pantano.

AKAINACEPHALUS ULUALPI

Los ankiloglosaurios abundaban
en húmedos parajes y mesetas
donde crecen cícadras entre helechos.
Les brotan hojas con forma de estrella
alzando el rocío de la noche.
Los ankiloglosaurios ya no beben,
solo la lluvia trasmina sus huesos.
Sus lenguas penetraban terminales
que estimulan la flora a germinar.
Formaron escamas entrelazadas,
las espinas adornaban sus sienes,
corazas disuadían las mordidas,
bifurcábase el hueso al extremo,
era un mazo de guerra su cola
que fulminaba a sus depredadores.
Su erradicación vino de los besos
que tanto procuraban con la tierra.
Es imposible sondar el capricho
en la transmutación de los helechos,
genomas de superior traducción,
la palabra vida hecha veneno,
tampoco la necesidad del adicto,
presa de las eléctricas condenas.

IGUANADON JAGGARIS

Para Kaliya Rivet

La evidencia es insuficiente
para pensar que aquel holotipo
hallado en las costas tropicales
correspondiera a una especie
interesada en socializarse.
Sin embargo, el iagosaurio nunca
estaba solo, ni siquiera al morir.
Siempre había otros ejemplares.
Y aun cuando buscaba exilio,
lo acompañaba la voz del cielo,
la música de las piedras de río,
el follaje que nutría su carne,
minerales presentes en los ciclos
de sequías, plenitud y diluvios,
sueño de toda su genealogía,
memoria en la sangre al correr.
No es posible más que teorizar
qué había detrás de su mirada.
El iagosaurio lucía su cresta
erguido contra el sol y marea
de cada una de sus madrugadas.

Danzaba con la quietud del peñasco,
en su piel, la vida no terminaba,
había el silencio que define
la armonía opuesta al estruendo,
la sombra que precisa delinear
las formas de entre la luz de penumbra.

ODYSSEUS AURUS LEUKOLITHI

Las ramas partidas y chamuscadas,
las llamaradas de la noche previa,
rayos de azufre favorecían
cortezas de sauces junto al lago.
Todavía crepitaba la grama
al amanecer del planetoide.
El odiseosaurio despertaba,
Su cola desaparecía lejos.
Teñía grises sus barbas la tierra
y algún fulgor se delataba dentro
de sus escamas al apaciguarse.
Arrastraba entrañas abultadas,
marsupiales que se desintegraban
lento como el agua a la piedra,
trazador de un óvalo inmenso
que precisaba delinear las aguas,
ingenuo símil de la marejada,
el signo para despertar al miedo.

ZOELESTES VORAX

Cardúmenes de las aguas profundas,
invitación a la clarividencia,
vida, más allá de lo que sería,
sino bien, lo que siempre perduraba,
glóbulos mismos a mayor escala,
un torrente brutal y primigenio,
relucir tornasol de las aletas,
el ser, apenas burbuja de tiempo,
el individuo, solo teoría,
sombra de sangre que nutre al ciclo.
Debemos acaso nadar por siempre,
buscar allá donde la luz se quiebra,
sin esos párpados que se cerrasen
como se cierran fauces predatoras.
Nuestro final carece de decoro.
Se enaltecen los campos de metridios,
las vísceras van flotando al fondo.
Son zoelestes hijos del abismo,
que por linaje heredan la furia,
los aminoácidos añorados,
recelo de la paz del coral negro.
En su bostezo sollozan las olas
y las tortugas conocen la noche.

Son bestias y estrellas de las seis puntas,
cuatro aletas, cola y cabeza,
como abrazo que asfixia lunas,
meteoros que fecundan la tierra
como magma que eyaculan los milenios,
calcio que alimenta las bacterias.
En la muerte regresan lo robado
y al final de su cuello, como ruinas,
sus sonrisas se burlan de los cielos.